

EL RITO DE LA PAZ EN LA MISA DEL PEREGRINO

Pseudónimo: LLORON

A Manuela nunca le gustaron mis dotes detectivescas. Opinaba que era mejor ver, oír y callar y dejar a cada uno con sus cosas, pues nosotros ya teníamos bastante con lo nuestro. Tenía razón y muchas veces me pregunté si habría sido un castigo de Dios eso de llevársela tan pronto con aquel tumor cerebral. Apenas pude despedirme, pero quedó en el aire la promesa de viajar a Santiago, ya solo, naturalmente. Y si lo iba posponiendo se debía más a la falta de preparación, a la obesidad y esa sensación de que sin ella no podría llegar a la Plaza del Obradoiro completando todas las etapas, que al simple deseo de caminar. Tras un periodo de reflexión, concluí que alejarme de la rutina me haría bien. Todavía me paraban por la calle para darme el pésame, nunca mal intencionado, pero volvía a reabrir las heridas, por lo que anunciar que estaría fuera, al menos durante las vacaciones y a falta de un plan mejor que llorar las veinticuatro horas del día, contacté con mi amigo Benito que trabajaba de voluntario en la Asociación del Camino de Santiago de Zaragoza para que me asesorara de la ruta, indicara los albergues donde pernoctar y explicara como iba todo eso de sellar las credenciales y formar parte de esa familia de peregrinos. Antes que a mí, había atendido a otros muchos ignorantes en la materia, así que no sentí vergüenza alguna al confesarle lo apartado que estaba de la Iglesia y más desde la muerte de mi esposa. Comentó que por esos trayectos viajaban peregrinos de casi todas las nacionalidades, cada cual atraído por sus propios motivos, y que desde luego, salvo yo, nadie tenía por qué juzgar los míos. Simplemente me recordó que podía aportar la voluntad en los albergues, dinero que los hospitaleros voluntarios invertían en la compra de comida para las cenas, productos de limpieza y mantenimiento básico. Por lo demás, me deseó buen viaje. "Harás amistades, ya lo verás" Y como si ese fuera el único motivo, el encontrar en algún trecho del camino un camarada al que contar mis penas, eché a andar. Hice una apuesta conmigo mismo: si aguantaba hasta la mitad, no podría reprochármelo nadie, si abandonaba, no lo confesaría de inmediato, simplemente completaría las vacaciones en algún lugar de las tierras zamoranas o leonesas, antes de regresar. Durante las primeras jornadas me juré no hablar ni de política, ni de religión pues eran los temas que mayormente enfrentaban a la gente, obviando el fanatismo por el fútbol. Por eso mis conversaciones parecían infantiles, de niño de patio de colegio

que comentaba el contenido de un tebeo y hablaba del color que le había puesto al dibujo del mar y las estrellas. Me costaba abrirme a los desconocidos, por mucho que en las homilias de las misas del Peregrino se creara ese clima de cordialidad y, quién más, quién menos compartiera los motivos por los que se había echado al camino. Algunos ya eran veteranos que repetían por segunda o tercera vez y nos guiaban en todo eso que a mí me resultaba nuevo y desconocido, acompañándonos, disfrutando de esos pequeños gestos de humanidad que lograban que me olvidara de mi proceso de duelo, de la muerte de mi esposa y del enfado que tenía con ese Dios que me había arrebatado lo que más había querido.

Fue al cabo de una semana cuando alcancé a un extranjero. Caminaba aún más abatido que yo y, como el silencio no parecía molestarle y mi presencia tampoco, caminamos al paso durante casi toda la jornada. Tenía la piel blanca, el pelo muy rubio y era tan alto que solo se me ocurrió que fuera ruso. Pensé que si hasta los rusos atravesaban toda Europa para patear el norte de España hasta la tumba del apóstol Santiago sin emitir queja alguna ¿quién era yo para renegar por una ampolla en el talón, un tirón en la rodilla derecha o el calor del mes de agosto? Lo único que no encajaba de aquel hombre era el nerviosismo. Parecía tener ojos en la nuca y, de tanto en tanto, se giraba en redondo antes de reanudar la marcha. En los albergues esperaba a que todos hubiéramos hincado el tenedor en la paella y masticado varios bocados antes de atreverse él. No sé por qué pensé aquello, que ese hombre debía ser un espía ruso que utilizaba el camino para viajar de incógnito. ¿Quién iba a imaginar que viajaba a pie, de mochilero y que dormía en albergues y hospederías regentados por grupos reducidos de voluntarios? Ese día me acordé de lo que me había dicho mi amigo Benito el día que partí hacia mi primera etapa sobre la familiaridad entre los peregrinos y cuando le mandé un mensaje para comunicarle que todo iba bien, añadí: "Hice un amigo ruso, no sé si es espía o no, porque es un poco raro, pero a mí me parece buena gente. Mañana llego ya a tierras leonesas y el paisaje es mucho más verde que en Castilla, aunque el sol sigue siendo abrasador. Seguimos en contacto." Esa jornada caminamos de nuevo juntos y, para mi sorpresa, hablaba en perfecto español. "Tienes que ayudarme" –dijo. Entonces no supe si pensar que estaba loco o realmente había acertado en mi vaticinio. Por eso aguardé; si existía Dios, él debería poner las cosas en su lugar, o más bien, ese hombre se dignaría a confiarme sus preocupaciones más íntimas. Y como si ese refrán tan popular que me contaba la abuela "Nunca digas nunca jamás"

se volviera en mi contra, me encontré escuchando asuntos políticos de los que me había jurado no hablar. Desconocía por completo las persecuciones que existían en otros países y la suerte que tenía de vivir en este. Volvió a mi mente la imagen de los miles de refugiados que plagaban los campos improvisados tanto en Europa como en países africanos, por guerras absurdas, ideales políticos e intereses económicos, siendo la población civil la más perjudicada al perder no solo la casa, sino a la familia y la posibilidad de regresar. Recordé las lecciones del Instituto sobre las diversas religiones en Rusia, siendo la ortodoxa la mayoritaria, en convivencia con musulmanes, budistas e incluso ateos y agnósticos. ¿Qué hacía pues ese hombre recorriendo la ruta del apóstol Santiago? Lo mismo que yo, concluí. Caminar sin rumbo. Sobrevivir. Intentar encontrar a un amigo. Evitar morir de pena. Digerir su propio proceso de duelo. Todo eso, con una diferencia, pues yo tenía adonde volver y él, de hacerlo, se arriesgaba a perder su vida. Esa jornada fue diferente a las demás. Algo se me removió por dentro, como si ese Dios del que renegaba, me hubiera encomendado esa tarea. Si era cierto que nada sucedía por casualidad, el ruso se había cruzado conmigo por algún motivo, tal vez, para poner a prueba lo que yo entendía por amistad, enseñarme a amar los pequeños detalles o descubrir la belleza de instantes fugaces, como si el mismísimo Dios me estuviera llamando desde arriba diciéndome “te escogí a ti, ayúdalo” Lo invité a entrar a la Eucaristía y, durante el rito de la paz sujeté fuertemente su mano entre la mía, sellando un cariño sincero. Supuse que acababa de transmitirle la confianza que necesitaba, ya que devolvió el apretón de manos con igual intensidad. Antes de acostarnos parecía tener ganas de confesarse, como si quisiera quitarse un peso de encima, a pesar de que yo no podía darle la absolución. Me habló de lo que se recogía en los versículos de los cuatro evangelistas sobre la traición de Judas al revelar a los miembros del Sanedrín el lugar donde podían capturar a su Maestro, antes de intentar explicar lo suyo. Por supuesto que no negó haber traicionado a su país, pero lo justificaba reafirmandose en el deseo de salvar vidas de muchos compatriotas. Y ahora que estaba perseguido, ningún lugar le parecía seguro, ni siquiera el interior de una Iglesia cristiana o un Camino tal vez bendecido con la indulgencia divina. Creía que la bondad podía contagiarse a través del Espíritu Santo y, mientras me lo contaba, un reguero de lágrimas inundaban sus mejillas. Su duelo era mucho peor que el mío porque no podía buscar consuelo alguno ni entre los suyos, ni en su propia conciencia, que tan pronto parecía aprobar sus actos, como renegar de sus

principios. Le hablé de mi casa vacía desde la muerte de mi esposa, del silencio de sus paredes, del espacio sobrante y de que ya nos apañaríamos los dos para llegar a fin de mes porque donde comía uno, podían comer tres. Para entonces, la piel se le había bronceado discretamente y cambiar el color del pelo era remedio fácil con un simple tinte. Unas gafas con cristales sin graduación o una barba tupida podían modificar perfectamente el aspecto hasta pasar desapercibido. Siguiendo mis consejos, llegamos a Santiago con la mochila auestas y nuestra concha de peregrinos y, aunque sospechamos que había oteadores en el terreno, ese Dios que me había sugerido que debía ayudar al prójimo, estuvo más presente que nunca para hacernos invisibles frente al enemigo reforzando nuestro nexo de unión. Juntos habíamos celebrado nuestro segundo bautismo en el río A Lavacolla simbolizando también el triunfo de la vida sobre la muerte, habíamos transportado piedras hasta La Cruz de Ferro situada en los montes de León dejando atrás los pecados, nos habíamos lavado en la Fuente de la Salud de Estella como símbolo de purificación y habíamos quemado ropa vieja en la Cruz dos Farrapos para renovar nuestro espíritu antes de llegar al Pórtico de la Gloria. Y juntos avanzamos hacia el altar mayor, hasta donde se encontraba la Santa Urna para agradecer al apóstol su generosidad, como si acercándonos al sacramento de la penitencia, quedáramos libres de todo mal, recién resucitados.

Permanecemos en silencio mucho rato, cada uno en nuestro propio mundo. Manuela, mi difunta esposa, parecía decirme que haría bien llevando a ese hombre a casa pues como le había dicho yo a mi amigo Benito, se le intuía buena gente. El ruso que no sabía mucho de religiones, ni de penitencias en forma de Ave Marías y Padre Nuestros, luchaba por decidirse. Y mientras tanto, si existía Dios, nos observaba desde los altares aguardando a que regresáramos al redil, pues tanto el ruso como yo, llevábamos la guerra en el alma y ya era hora de que firmáramos la paz con él.

Al sellar la credencial del jubileo sentí gran alivio, como si con ella hubiera perdonado a Dios (que paradoja más absurda si había sido él quién me había perdonado a mí). El ruso, lejos ya de guerras absurdas, suspiraba olfateando el incienso del botafumeiro, sabiendo que por fin había encontrado un hermano con el que regresar a un hogar. Era tal su agradecimiento, que le faltaban palabras y solo acertó a decir el “amen” que había escuchado al final de las oraciones cristianas y que significaba “así sea”, porque así fue.